

alguna vez a la grandilocuencia humilde de las metáforas. Las metáforas de la escritura de Cabañero son el instrumento más socorrido de su inspiración para poder atinar con la esperanza. De ahí el que, por ejemplo, nos diga:

"Para tocar el pan hay que apurar
nuestro pozo de amor y de esperanza",

o que el manchego es:

"un pintor que mira y que repite
la emoción del paisaje",

o

"la vendimia es un barco milagroso".

como igualmente:

"Baje la luz de parte nuestra, nazca
para nosotros la esperanza, dure
el tiempo, más sabio que los sabios,
y amanezca".

Y también:

"Yo veía
el tren muy negro y largo en la llanura,
silbante, con su humo y sus bolliscas,
pasar hacia otro mundo de esperanza".

Un lejano día de 1956, en uno de esos trenes que pasaban por Río-Záncara, mientras le decía su coplillero tío Candelas que no debía entretenerse tanto mirándolos cruzar por la llanura, Eladio se marchó a Madrid para obtener el Accesit al Premio Adonais de poesía por su libro "Una señal de amor" (1958) o escribir "Recordatorio" (1961) y "Marisa sabia y otros poemas" (1963). Este último poemario le hizo merecer el Premio Nacional de Literatura, así como el Premio de la Crítica, otorgado al conjunto de su obra poética recogida bajo el título de "Poesía 1956-1970", publicado por la Editorial Plaza-Janés de Barcelona.

Así nos lo describe, en su destierro madrileño, el escritor Antonio Hernández: "Destartalado, y de una tristeza honda que policroma para que los demás no olvidemos la alegría, Eladio Cabañero se enfrenta a su exilio como a una sentencia irrevocable que le hubiera sido impuesta por las circunstancias contra su ejemplo de pan, de luz, de entrega. Y tapiza con bromas sus efectos, al par que intenta mimar sus causas con un excepticismo que no es su ley. Mientras vil o, jocoso, varonil frivoliza, se le marca una punta de amor, de compañía, de salvación en las pupilas, como si de nuevo escribiera sus antiguos y extraordinarios poemas en las nuestras, dándonos cuenta pide su soledad ahora".